

CAPÍTULO VIII

CONCLUSIONES

Cómo realizar etnografías del capitalismo

Con base en la propuesta de Roseberry (2002) para realizar etnografías del capitalismo en términos históricos, estructurales y espaciales, es posible observar que, en la Costa de Oaxaca, este modo de producción se ha construido y reconstruido a través del tiempo y del espacio en su afán por lograr la mayor acumulación; a su vez, que las olas de acumulación efectivamente se caracterizan por crecer y decaer periódicamente.

En un principio, la economía en la Costa de Oaxaca giró en torno a la producción y el comercio de algodón, añil y grana cochinilla; esta última fue el segundo producto más importante de exportación durante la Colonia en la Nueva España después de la plata (Romero 1988a:166-167). Sin embargo, la producción y el comercio de algodón decayó ante la falta de competitividad frente a las innovaciones tecnológicas en Inglaterra, y la de añil y grana cochinilla lo hicieron a causa de la sustitución de los tintes de origen vegetal por colorantes sintéticos (Bartra 1996:100-101; Wolf 1987:323-252).

Posteriormente, la región volvió a experimentar un auge con la transportación del café procedente de la Sierra del Sur de Oaxaca. En este sentido, resulta interesante que, a finales del siglo XIX, los distritos de Juquila y Pochutla produjeran el 70% del total de café del estado y que éste, a su vez, fuera el segundo productor más importante a nivel nacional (Vera 2005:45). Ahora bien, la caída del café se debió a la concentración y estandarización del mismo a nivel internacional, así como a la caída de los precios y del consumo, y la falta de competitividad

frente a otros productores como Brasil o Vietnam (Roseberry 1996:765). Al respecto, cabe señalar que los estudiosos del café en México y Oaxaca han estimulado una rica discusión en antropología rural (Bartra 2003; Jaffee 2007; Macip 2005; Snyder 2001; Waridel 2002).

Más adelante, la Costa tuvo un desarrollo económico basado en la comercialización de subproductos derivados de la tortuga marina, particularmente de la especie golfina. Al respecto, cabe mencionar que el rastro de San Agustín llegó a ser el más importante de su tipo a nivel nacional (Clifton et al. 1995). No obstante, debido a la sobreexplotación de las diferentes especies de tortuga marina (lo cual las puso en peligro de extinción), y ante la presión de grupos internacionales y nacionales de ambientalistas, así como del *lobby* camaronero estadounidense, fue necesario declarar su veda total y, por lo tanto, cerrar el rastro (Michelle Early, comunicación personal 14/03/09).

Actualmente, la región debe su desarrollo económico a la oferta de servicios turísticos. En este sentido, cabe señalar que, a partir de los sesenta y hasta hace poco, la Costa de Oaxaca representó una zona de turismo alternativo. Esto se debió a que era difícil llegar a ella por vía terrestre, a la falta de inversión turística, a una mejor conservación del entorno (en comparación con otros destinos turísticos como Cancún o Acapulco) y a un ambiente más liberal y permisivo. Sin embargo, parece ser que esto cambiará con la mega inversión de dos mil 390 millones de dólares que se tiene contemplada en infraestructura de transporte y hospedaje (El Financiero 23/03/08a), la cual reducirá el trayecto en automóvil de seis a tres horas de Oaxaca a Puerto Escondido. Al respecto, habrá que observar si este cambio representará el comienzo del declive en la ola de acumulación turística.

Con base en los datos presentados sobre las últimas dos olas de acumulación y el cambio del rastro al turismo, resulta evidente que el capitalismo es un modo de producción que se renueva continuamente, apropiándose del ambiente, explotando a los seres humanos e innovando sus formas de organización y de tecnología. A su vez, es posible observar que las contradicciones internas y las crisis generan desplazamientos y acomodados antes que la resolución de los problemas (Harvey 2004:180-181; O'Connor 2002:34-39).

Por ejemplo, el capitalista Antonio Suárez Gutiérrez llegó a San Agustínillo buscando sacar provecho de una zona marítima que no había sido detonada económicamente. Para ello, utilizó mano de obra barata y campesina proveniente de la Sierra y de los pueblos costeros aledaños, la cual fue entrenada por pescadores provenientes de Guerrero pero originarios de Manzanillo, Colima. En su afán por obtener la mayor ganancia, Suárez incrementó la producción de tortuga, introdujo nueva maquinaria para obtener ganancias de subproductos que no habían sido utilizados (los huesos para obtener harina) y brindó raquíticos incentivos a los trabajadores (como por ejemplo, fiestas y canastas navideñas). Esto provocó la sobreexplotación de la especie y que los trabajadores demandaran ser sindicalizados, lo cual a su vez ocasionó una crisis de costos de producción.

Finalmente, al cierre del rastro, Antonio Suárez incursionó en otra pesquería, la de atún. En esta última actividad económica logró consolidarse una vez más como un importante empresario, ya que llegó a tener la mayor flota atunera del mundo, dicho sea de paso, con el apoyo del gobierno mexicano a través de Banpesca (Alcalá 2003: 49-61; SAGARPA 2005; Vivir por Asturias 2009). No contento con haber sobreexplotado la tortuga marina en la Costa de Oaxaca (al grado de contribuir a ponerla en peligro de extinción), Suárez regresó en 2006 a explotar un nuevo recurso, el atún.

En este sentido, es importante destacar que su regreso a la zona no fue bien recibido por los pescadores ribereños de Puerto Ángel, quienes mostraron su descontento debido a que una flota atunera de aproximadamente 50 barcos, entre los que se encontraban los de Suárez, estuvo pescando a menos de una milla náutica de la playa. El malestar aumentó una vez que el gobierno mexicano brindó protección para que los barcos no fueran dañados ante las agresiones de los pescadores ribereños (Vélez 2007).

A su vez, la transición del rastro de tortugas al turismo diversificado muestra el cambio del "fordismo" a la "acumulación flexible", en tanto que la base económica cambió del sector industrial al de servicios (Harvey 2004:74-79). En este proceso, la matanza de animales fue reemplazada por la atención a visitantes, la organización en cooperativas y sindicatos por la organización familiar e individual en negocios, la provisión mayoritaria de los hombres al ingreso

familiar (por medio de la pesca) por la de las mujeres (mediante la administración de establecimientos turísticos), la administración operacional del rastro por la administración estratégica en restaurantes y cabañas, y las economías de pesca y agricultura por las economías de sombra (narcotráfico).

Por otra parte, el subempleo durante las temporadas turísticas altas sustituyó al empleo en el rastro, el dinero obtenido en el negocio familiar al pago por producción de tortugas, el horario extendido de atención a los visitantes al horario fijo del proceso productivo, los bares de entretenimiento a las cantinas, y el buen trato a los turistas a la rudeza en la matanza de tortugas.

El surgimiento del turismo en la Costa de Oaxaca debe ser considerado un “arreglo espacial” (Harvey 2004), en tanto que se dio a través de los siguientes procesos. Primero, la expansión del turismo a nivel mundial y la moda de visitar lugares de sol y playa en el “Tercer Mundo”. Segundo, el apogeo de la cultura hippie y la búsqueda de turistas de nuevos espacios “vírgenes” para “colonizar”. Tercero, la ampliación de la oferta turística nacional con la creación de los Centros Integralmente Planeados. Y cuarto, la atracción que causó la región entre grandes inversionistas y turistas convertidos en emprendedores.

A su vez, es necesario resaltar que, a pesar de que el turismo comenzó al mismo tiempo en toda la región y brindó una oferta turística similar (enfocado al turismo mochilero y hippie), ésta se ha diversificado con el paso del tiempo. De esta forma, mientras que Huatulco actualmente se concentra en el gran turismo y en las personas con altos ingresos, Puerto Escondido abarca desde el turismo de 5 estrellas hasta las excursiones en camión de peregrinos provenientes del Santuario de Juquila, pasando por el creciente grupo de surfistas. Por su parte, Puerto Ángel se presenta como un pueblo de pescadores que asemeja el pasado, en tanto que Zipolite atrae a turistas en busca de playa nudista, drogas y fiesta principalmente.

Mientras San Agustín ofrece tranquilidad en un pequeño poblado a una amplia gama de precios, Mazunte intenta conservar su imagen como destino “ecoturístico”, por una parte, y fomentar el turismo mochilero sin los excesos de Zipolite, por otra. Finalmente, es necesario recordar que Mazunte y San Agustín deben entenderse como ejemplos del turismo mochilero

y no como del ecoturismo, en tanto que las actividades que se realizan tienen como fin último la experiencia de goce del turista y no la conservación del entorno.

Del desarrollo al desarrollo sustentable

Mazunte y San Agustín constituyen muy buenos ejemplos para caracterizar los límites del desarrollo sustentable y del ecoturismo. Esto se debe a que, más allá de los principios de la sustentabilidad, la realidad muestra que estos términos sólo buscan rehacer la naturaleza de formas amigables con el capital. Ejemplo de ello es que, anteriormente, la forma de obtener recursos de la tortuga marina era destazándola y comercializando sus subproductos; sin embargo, una vez que se prohibió seguir haciéndolo (debido a que la especie estaba en peligro de extinción), se encontró una nueva forma para seguir explotándola, la cual consiste en cobrarle a los turistas por verlas nadar, deshojar o realizar su primer recorrido hacia el mar. De esta forma, se logró comercializar el simple acto de observar a la naturaleza. Por supuesto, el discurso hegemónico no dice que se está cosificando al entorno o haciendo fetiches de las tortugas, sino que se está creando conciencia y contribuyendo a su conservación. Debido a lo anterior, los términos de desarrollo sustentable y ecoturismo deben ser considerados primero en su dimensión política e ideológica y, después, en la ecológica y económica (O'Connor 2002:28, 32).

A su vez, ambos términos representan ideas contradictorias (oxímoron) que pueden ser utilizadas para justificar prácticas que, si bien se presentan como sustentables, su fin último es obtener una remuneración económica mayor o una mejor imagen hacia el público. Por ejemplo, la justificación para remodelar el Centro Mexicano de la Tortuga es que con ello se podrá crear una conciencia ambiental entre un mayor número de personas, cuando en realidad lo que se busca es obtener una recuperación monetaria mayor en taquilla.

El proyecto ecoturístico en Mazunte y San Agustín debe entenderse como una buena intención que surgió de un grupo de ambientalistas que, tras haber logrado la veda de la tortuga, cargaba con el remordimiento de haber dejado sin empleo a quienes vivían de su explotación. Sin embargo, ante los discursos propositivos y ambientalistas se interpusieron una serie de problemas. El primero de ellos es que los proyectos sólo brindarían alternativas a un grupo de elegidos. En segundo lugar, se adquirirían compromisos con donadores sin tener la seguridad de poder cumplirlos, por ejemplo, en el caso del sistema de agua. Tercero, se pediría apoyo a toda la población sin hacer visibles los beneficios inmediatos a la mayoría. Y cuarto, se crearían conflictos entre grupos por el control de los apoyos, ya que todos querían recibir “ayuda” inmediata y gratuita.

La intervención de Ecosolar en Mazunte y San Agustín resultó ser un fracaso. Por esta razón, es necesario dejar de hablar de “El Milagro de Mazunte” y de tomar a estos poblados como ejemplos de turismo sustentable o ecoturismo. Dicho fracaso se hizo evidente en hechos como los que se mencionan a continuación. Ecosolar planeó plantar 200, 000 árboles al año y sólo se plantaron 6, 000 en un año. Si bien se otorgó una concesión de ornato de la zona federal con la condición de que no se construyera con cemento, actualmente toda la playa está llena de negocios, muchos de los cuales están contruidos con este material. La desaparición de la Asociación de Comuneros de la Reserva Ecológica Campesina de El Mazunte, de la Asociación Civil de Desarrollo Turístico y de los grupos organizados de 16 mujeres y 6 hombres para prestar servicios turísticos. La destrucción del centro de acopio de residuos reciclables, al cual se le prendió fuego. El respeto de los patrones de construcción y el uso de biodigestores no fue un fenómeno generalizado ya que sólo unos cuantos lo implementaron. El grupo de mujeres que se organizó para vender artesanía en el CMT ya no existe y ahora venden sus productos afuera del museo. Finalmente, sólo se mantiene en pie Cosméticos Naturales de Mazunte, pero únicamente beneficia a pocas familias y de forma desigual (Claudia Zamora, comunicación personal 20/03/03).

Ahora bien, el fracaso del proyecto ecoturístico en Mazunte y San Agustínillo no sólo se debe a cuestiones prácticas, sino también a aspectos ideológicos. En este sentido, es equivocado pensar que las propuestas que surgen de la sociedad civil organizada y se enfocan únicamente en problemáticas particulares y grupos pequeños, pueden dar soluciones a las carencias generales de todos los ciudadanos. En otras palabras, el error es pensar que un pequeño grupo de ambientalistas con muchas ideas y deseos de “ayudar” al prójimo y conservar el entorno, puedan crear, a fuerza de voluntad, proyectos “ecoturísticos” que resuelvan las necesidades inmediatas de un pueblo. También es irreal esperar que una población dedicada a la explotación del entorno se dedique a su conservación de un día para otro. Si tales preceptos fracasan es, primero que nada, por el falaz razonamiento que les concede tales posibilidades.

La historia de Mazunte y San Agustínillo muestra que la realidad social es muy compleja, por lo que necesita compromisos y propuestas igualmente complejos (no sólo buenas intenciones, limosnas del sector privado o proyectos para hacer uso del presupuesto público). Esto último tiene que tomarse en cuenta actualmente debido a que Ecored está promoviendo un nuevo proyecto de microcréditos en San Agustínillo con las características del de Ecosolar hace 15 años. Es decir, quienes fracasaron en los noventa impulsando propuestas con el apoyo del sector privado, ahora buscan hacer lo mismo con el respaldo del sector público.

Los organizadores del proyecto de microcréditos una vez más le piden a San Agustínillo que sueñe con que otro futuro es posible (pues soñar no cuesta nada, lo cual es falso) y que no politicen el proyecto (cuando es claro que todo proyecto es político). Además, el proyecto que proponen no está bien sustentado, pues fue el producto de una visita que solamente duró un fin de semana y cuya corroboración de datos se llevó a cabo en el mismo tiempo (lo cual no es suficiente para entender la complejidad de la dinámica local).

Más aún, al tiempo que le piden a la población mantenerse unida, provocan nuevamente una división en su interior al planear la distribución de los apoyos en dos partes: primero a un grupo y luego al resto. Asimismo, esperan que el pueblo aporte la mano de obra para la

construcción (aun sabiendo que esto provoca mucho conflicto, tal y como sucedió hace 15 años con Ecosolar). Por último, los organizadores mantienen una postura paternalista, ya que infantilizan al poblado al señalar que están deseosos de que lleguen los turistas a comer “frijolitos” y a escuchar los chistes de la gente local (diario de campo 24/11/08).

Los proyectos de Ecosolar, y del gobierno federal y Ecored, en Mazunte y San Agustínillo constituyen buenos ejemplos para entender en qué consiste el neoliberalismo propositivo o profundo. Esto se debe a que los habitantes de estos lugares adquirieron responsabilidades de trabajo pero no poder en la toma de decisiones, mientras que el gobierno y las ONGs ganaron poder y no responsabilidades. Es decir, mediante concesiones marginales como una fábrica de cosméticos o un museo se logró asegurar la gobernabilidad de dos poblados que de pronto se encontraron privados de su principal actividad económica: la matanza de tortugas. De igual forma, se logró crear instituciones modelo que mostraran el tipo de vida al que la gente local debería de aspirar. A su vez, al presentar los proyectos como esfuerzos conjuntos (entre el sector público y el terciario) producto de las buenas intenciones, se negó el carácter político de los mismos y se logró parcialmente la regulación voluntaria de la población (Peck y Tickell 2002:386).

Al respecto, Gledhill (2004b:342) señala que, incluso aquellas políticas que parecen ser producto de las mejores intenciones, tales como las que se basan en el desarrollo sustentable, corresponden a la lógica profunda de la neoliberalización. En otras palabras, los proyectos que buscan vender a los pueblos indígenas o costeños y a los enclaves ecológicos no contaminados como las playas “vírgenes” a turistas preocupados por la cultura y el entorno, acaban por transformar la vida misma en una mercancía y se ajustan al imperativo de que todas las personas tienen que venderse a sí mismas.

A su vez, los proyectos en Mazunte y San Agustínillo muestran los efectos que producen los procesos y las prácticas estatales más allá de las instituciones gubernamentales en el marco de la globalización (Trouillot 2003:81). Primero, debido a que los proyectos de Ecosolar sólo

creaban fuentes de empleo para una pequeña parte de la población, las personas actuaron como individuos y no como colectividades para lograr formar parte del grupo de elegidos. Segundo, una vez que los grupos de apoyo se constituyeron, se lograron crear nuevas subjetividades alineadas a la programación del gobierno y la ONG. Por ejemplo, algunas integrantes del grupo de 16 mujeres prestadoras de servicios turísticos comenzaron a utilizar biodigestores y a separar la basura en sus casas. Tercero, se creó un nuevo lenguaje y conocimiento en torno al desarrollo sustentable y el ecoturismo para regular a las colectividades. Cuarto, los proyectos de Ecosolar crearon nuevas fronteras debido a que su capacidad de apoyo era limitada; por esta razón, San Agustínillo decidió separarse de Mazunte y formar una unidad política y administrativa independiente.

Con respecto al tercer punto, es importante destacar que el desarrollo sustentable y el ecoturismo, más allá de las contradicciones teóricas y prácticas que presentan, permiten vislumbrar un proceso hegemónico en un “campo social flexible multidimensional y dinámico” (Roseberry 2003:365-366). Este proceso es visible en tanto que existe un entendimiento común sobre el significado de los términos (consenso) pero opiniones variadas sobre su veracidad o viabilidad, las cuales intentan encausarse, homogeneizarse o ignorarse mediante la constante creación de iniciativas a favor de la conservación y las poblaciones locales, así como a través de la repetición de un interminable discurso sobre las bondades de ambos términos (coerción).

En otras palabras, funcionarios públicos, oenegeros y prestadores de servicios turísticos coinciden en la necesidad de equilibrar los aspectos económicos, sociales y ambientales en el desarrollo; no obstante, en la práctica, cada grupo presenta contradicciones. Las dependencias gubernamentales muestran un traslape de intereses: mientras que los proyectos de la CONANP promueven la conservación de la flora y fauna regional, los de FONATUR buscan explotarla con fines turísticos. Por su parte, si bien los proyectos de los oenegeros plantean dar soluciones a grupos vulnerables, sólo logran atender a unos cuantos individuos. Finalmente, los prestadores de servicios turísticos limitan la sustentabilidad a utilizar

energía solar y construir con palma, utilizar biodigestores y emplear sistemas de tratamiento de agua.

Sin embargo, a pesar de estas contradicciones y de los limitados resultados, el proceso hegemónico es exitoso en tanto que todos siguen buscando alternativas dentro del discurso del desarrollo sustentable y del ecoturismo. En este sentido, es importante señalar que, quien no se ajusta a este discurso o se atreve a criticarlo, es visto como un mal ser humano que no se preocupa por su entorno. Asimismo, es interesante observar que, de tanto escuchar o repetir el mensaje de la conservación y la atención a poblaciones locales, a fin de cuentas, los funcionarios, oenegeros y prestadores de servicios turísticos terminan por creer que realmente contribuyen a conservar su entorno. Además, aprenden a utilizar este discurso para justificar todo tipo de acciones o intereses en busca de obtener ingresos económicos, tal y como se mostró con la remodelación del CMT. Ahora bien, hay que reconocer que las inconsistencias y manipulaciones en el uso de los términos de desarrollo sustentable y ecoturismo representan parte de la pugna dentro del mismo proceso hegemónico.

Los bienes comunes

La Costa de Oaxaca es un buen ejemplo de la dificultad que representa excluir a las personas del acceso a los bienes comunes (Feeny et al. 1990:3-4). Asimismo, permite evaluar si la degradación ambiental es una constante cuando muchos individuos explotan simultáneamente un mismo recurso (Dietz et al. 2003:1907; Hardin 1968; Ostrom 2000). Más aún, permite conocer y comparar los resultados obtenidos en la administración y la regulación de los bienes comunes bajo derechos de propiedad estatal y comunal (Dolsak y Ostrom 2003:6; Ostrom 2000:25).

En primer lugar, la creación de la Reserva Natural Comunitaria en el núcleo agrario de Tonameca demuestra que los comuneros, lejos de ser un grupo homogéneo y en busca del

interés colectivo, anteponen el derecho de acceso individual a los recursos naturales para su propio beneficio. En este sentido, cabe señalar que, mientras los campesinos de la cabecera y los alrededores de Mazunte y San Agustín apoyaron la creación de una zona de conservación, debido a que no explotaban las tierras contempladas para la misma, la mayoría de los de Mazunte se opusieron, ya que contemplaban utilizarlas en un futuro para la agricultura y la obtención de madera.

Cuando una Asociación Civil ecologista (encargada de realizar el Ordenamiento Territorial del núcleo agrario) trató de convencer a los comuneros de Mazunte para que apoyaran la creación de la Reserva, argumentando que era indispensable para proteger al pueblo ante otro huracán (similar en intensidad al de Paulina) y para conservar los aguajes, los comuneros simplemente rechazaron la propuesta, argumentando que eran campesinos libres de decidir y de conservar los recursos individualmente sin la necesidad de crear una Reserva. Al respecto, aseguraron que su creación representaba más riesgo para el entorno ya que, al no haber un propietario definido del terreno, no faltaría quien quisiera aprovechar y explotar los recursos, principalmente la madera.

En este sentido, Ostrom (2000:32) señaló que, tanto “la tragedia de los comunes” como la lógica de la acción colectiva, presentan un mismo problema, el del “gorrón”. En este sentido, el presente investigador considera que el término de “gandalla” es más útil para referirse al proceso descrito. Al respecto, Carlos Montemayor señala que “en México, *agandallarse* es reconocer que todos, en algún momento, podemos ser capaces de descender de nuestra condición honorable y asaltar a nuestro prójimo en muchos sentidos, no sólo a campo abierto como bandolero común” (Montemayor 2009). Para el caso de Tonameca, esto se traduce en lo siguiente: al no estar parcelado el terreno de la Reserva, siempre habrá un “gandalla” que ignorará los esfuerzos de conservación de los demás comuneros y explotará ilegalmente los recursos. Esto se vuelve particularmente difícil debido a la tala clandestina que existe en la zona y a que es imposible vigilar los bienes comunales de forma permanente.

En torno a los derechos de propiedad sobre los bienes comunes en la Costa de Oaxaca, es interesante observar que en Huatulco pasaron de ser comunales a estatales y, posteriormente, a privados. En el caso de Tonameca, los bienes se mantuvieron comunales pero actualmente se están privatizando. La causa de ambos procesos fue el turismo y, mientras en Huatulco el gobierno expropió con el pretexto de incentivar el desarrollo y crear empleos, en Tonameca la ONG Ecosolar sugirió la creación de una reserva para impulsar un proyecto de desarrollo sustentable; asimismo, asesoró a Mazunte y a San Agustínillo para que cerraran filas ante cualquier propuesta de FONATUR.

Después de más de 20 años de la expropiación en Huatulco, es evidente que el gobierno logró crear un desarrollo ordenado en las zonas de potencial turístico con miras a vender los terrenos a la inversión privada; sin embargo, no pudo planear el crecimiento de los alrededores o no estuvo interesado en ello. Como consecuencia, actualmente se da un desarrollo desigual y desordenado en la periferia. Más aún, el turismo a gran escala ha provocado que la demanda de los recursos aumente de forma importante y pareciera que el discurso de desarrollo sustentable es sólo eso, un discurso. Por ejemplo, a pesar de haberse creado el Parque Nacional Huatulco, actualmente se planea hacer un campo de golf en Cacaluta, lugar donde existen las reservas más grandes de agua (entrevista con Erika Martínez, septiembre 2007).

En el caso de los anexos agrarios de Mazunte y San Agustínillo, pertenecientes a Tonameca, en los años noventa se crearon la primera Reserva Ecológica Campesina del país y la Asociación de Comuneros de la Reserva Ecológica Campesina de El Mazunte. Esto tuvo como objetivo proteger los recursos naturales, crear empleos aprovechando y respetando el entorno, y prohibir la invasión de terrenos de la Reserva. Sin embargo, con el paso de los años, se ignoró la existencia de la misma y se deshizo la Asociación; a su vez, se comenzó la compraventa irregular y desorganizada de terrenos que derivó, al igual que en Huatulco, en el arribo de más personas a la zona y en la explotación de más recursos (como el agua, la madera y el pescado).

Con base en lo anterior, se puede decir que, tanto el camino que siguió Huatulco (estatal) como el que siguió Tonameca (comunal), tuvieron como fin aprovechar los recursos de forma ordenada y planeada para que estos rindieran a largo plazo. Sin embargo, no se puede considerar que una estrategia haya sido mejor que la otra, en tanto que las dos iniciativas terminaron fomentando la privatización de la tierra en busca de ganancias económicas a corto plazo y en detrimento del entorno.

En este sentido, cabe señalar que en Huatulco la venta de terrenos es legal y regulada y, por esta razón, ordenada. Por el contrario, en Tonameca, específicamente en Mazunte y San Agustín, la venta de la tierra en ocasiones es ilegal y, por lo mismo, ocurre en menor escala. Al final, ambas dinámicas son problemáticas, ya que en Huatulco se fomenta el crecimiento masivo y en Tonameca el desarrollo desordenado. Con base en lo anterior, pareciera que para la Costa de Oaxaca, se cumple “la tragedia de los comunes”, es decir, la degradación ambiental ante la explotación simultánea de la tierra por parte de muchos individuos. Tanto los grandes inversionistas de Huatulco como aquellos turistas convertidos en emprendedores de Mazunte y San Agustín buscan por sus propios medios (si bien a diferente escala) hacer de las bellas playas un buen negocio.

En el caso particular de los bienes comunales de Santa María Tonameca, al tomar en cuenta su historia, es posible observar un proceso de reprivatización en perjuicio de la población local. En los años sesenta, tras una lucha a muerte con los terratenientes, los campesinos de Tonameca lograron que se les reconocieran y titularan sus bienes comunales; de esta forma, pasaron de ser peones a ser dueños de los medios de producción. Actualmente, en la franja costera, los comuneros parecen haber olvidado ese pasado de lucha y los vecindados parecen ignorar que, gracias a éste, fue posible que recibieran tierras. Sin memoria ni remordimiento, venden terrenos a foráneos que buscan una mejor calidad de vida junto al mar y la oportunidad de iniciar un negocio.

Más allá de los ingresos económicos inmediatos, los locales no se dan cuenta o no les importa que sus nuevos vecinos representan competidores con los cuales llevan todas las de

perder, ya que los foráneos poseen más dinero, habilidades y experiencia en la industria turística. Poco a poco, consciente o inconscientemente, la gente local se está poniendo en desventaja ante un número de foráneos cada vez mayor que ya controla la economía y da señales de querer hacer lo mismo con la política. Más aún, están perdiendo sus tierras más valiosas ignorando que llegará el momento en que lo único valioso que tendrán para vender al capital será nuevamente su fuerza de trabajo. Este proceso, lejos de ser fatalista, es realista y sus posibilidades de cumplirse aumentan cuando la autoridad encargada de regular la tenencia de la tierra y velar por los intereses de los comuneros, el Comisariado de Bienes Comunales, se está prestando a avalar toda cesión de derechos (legal o ilegal) mientras obtenga beneficios económicos.